

Thomas Wolfe: El Último de los Titanes

Por Claudio Giaconi

THOMAS Wolfe no guarda con Gogol solamente proximidad psicológica o estética, sino, lo más significativo, alimenta, un siglo más tarde, la misma idea nacional respecto de su país ya formado, pero en una actitud semejante y pletórica de impulso: avasallador. Wolfe no sólo piensa, como Gogol en Rusia, que en Estados Unidos "ocurren milagros"; más aún, no pasa un día sin que no ocurra alguno. Ambos, hijos de pueblos expansivos y vigorosos, emprenden, separados por un siglo, idéntica aventura literaria.

Wolfe se siente culpable de haberse situado fuera del tiempo. Aspira volver a su ciudad natal para ser acogido por su padre, pero no ve sino silencio y muerte a su alrededor, pese a que la vida se encabrita a su paso en este último e imposible retorno al mundo de los hombres que han permanecido en el tiempo normal, y que significa su soledad definitiva, su imposibilidad de "ser como los demás". Las especiales condiciones externas de su vida le hacen derivar, hacia una concepción desmesurada e hipertrofiada de la realidad, en un estilo que se podría llamar ciclico. En este se advierte que el hombre es una especie de naufrago en lo temporal, un ser sin referencia de tiempo, que experimenta y vive su vida ciclicamente, sin consecución de principio y fin, sino como una inmersión total en el tiempo: el hombre como objeto de recuerdo retrospectivo (...).

A despecho de exigencias ideológicas —verdaderos manifiestos que parecerían levantarse para restar espontaneidad a la cuestión de fondo—, ¿qué es la literatura para Wolfe y para muchos otros, sino eso: la posibilidad de reencontrar lo perdido? ¿Acaso la "sustancia sólida", para Thomas Wolfe no es el padre? ¿No es la búsqueda del padre la que consume su vida y su obra? Pues lo más importante, lo que de un modo o de otro constituye en el centro de la vida de todos los hombres —dirá en "Story of a Novel"— es la búsqueda de un padre, pero no simplemente del padre de nuestra carne, ni tampoco del perdido padre de nuestra juventud, sino la imagen de un vigor y de una sabiduría que está fuera de nuestras necesidades, que es superior a nuestra hambre y a la que pueden unirse las creencias y los impulsos de nuestra propia vida.

Ese mismo padre, con un ascendente mítico, que en Melville equivale a la famosa "Ballena Blanca" (...).

Extrayéndolo de un oscuro rincón de tierra, Wolfe pasea a su personaje Eugenio Gant a lo largo y ancho de enormes territorios, vigia perpetuo de los caminos y carreteras, siempre hacia lo desconocido, en busca del eslabón perdido. Y la búsqueda de Gant-Wolfe se convirtió en

El mundo de hoy, si tuviera algo que pedir a sus escritores, pediría nuevos mitos.

un fin. Y el fruto de la búsqueda..., el encuentro de un pueblo enterado, de una nación de la vastedad limitada, de la única tierra donde podía hallarse la realidad. Allí en la vida inmensidad, y no en el espejismo de un espacio definido y concreto (...).

¿La locomotora o la troika?

A los ventitrés años, Thomas Wolfe descubre que está "elegido". Y escribe en carta a su madre, como fulminado por un rayo: "Ahora ya sé que soy inevitable, estoy seguro de ello. Lo único que podría impedirme sería la locura o la muerte... La vida no es ni buena ni mala; ni fea ni bella. Es salvaje, cruel, bondadosa, noble, apasionada, generosa, estúpida, sordida, magnífica, dolorosa, alegre. Es todo eso y mucho más, y eso es lo que quiero conocer. Y, como que hay Dios, lo conozco aunque tengan que crucificarlo. Iré hasta el fin de la Tierra para encontrarlo y comprenderlo. Cuando haya terminado, conoceré este país como la palma de mi mano y lo cubriré por escrito, haciéndolo verdadero y magnífico".

Cumplió su promesa. Y si ha fracasado —glorioso fracaso al lado de tantos triunfos mediocres— es porque la empresa de Wolfe, excedía la medida de lo posible.

Wolfe fue un escritor errante, un desterrado que ha hecho en novela lo que Walt Whitman en poesía: extraer del fondo colectivo el aliento vital de una nación. Desterrado y nostálgico, lírico hasta la exaltación, satírico y caricaturesco, su evocación es siempre hipertrofiada y es la evocación de ella la que interesa al novelista más que la realidad misma.

● El escritor Claudio Giaconi, en su excepcional ensayo "Un Hombre en la Trampa (Gogol)", realiza una comparación entre las figuras de Nicolás Gogol y Thomas Wolfe. Con ocasión de la reedición de la novela del escritor norteamericano "Del Tiempo y del Río", extractamos y recogimos aquí la semblanza que de él hizo Claudio Giaconi.



Thomas Clayton Wolfe en su cabina de Oteen.

Caracteriza a Wolfe la capacidad de mistificación, la nostalgia de la patria, la tendencia a cantarla como compensación consoladora. Desfigura a plena conciencia, ve una realidad evocada por su íntima complacencia. Wolfe y Nicolás Gogol exaltan el yo de igual manera, un yo laberíntico que no termina de definirse;

ambos comparten la tentativa de volcar-se entero en una nación y de expresarla por medio de un protagonista; parecido método de narración —inmerso en el tiempo, que en Wolfe se desenvuelve ya con caracteres caóticos—, igual sentido de lo grotesco, igual distorsión, idéntico gigantismo expresivo y, por último, acaso



Thomas Clayton Wolfe en Central City, Colorado.

lo más importante, parecidas circunstancias externas que determinarán la singularidad de su visión. "Del Tiempo y del Río", la novela de Wolfe, y las "Almas Muertas", canto de cisne de Gogol, tienen idénticas significaciones. El novelista norteamericano hace la apología de una nación en pleno florecimiento; el ruso hace lo propio en un país que comienza su

desarrollo, ambos con miras al porvenir. Como novelistas les atormenta la belleza en sí misma —su origen y destino— más que la representación fiel de la vida. Ambos son redentores y anunciadores de la "buena nueva". Wolfe asocia el destino de Estados Unidos con la "locomotora" que irrumpe intempestivamente a través de su novela, símbolo del poder y de la mecanización. ¿Quién podrá dudar de que la troika de Gogol y la "locomotora" de Wolfe no son sino el alegórico reflejo de un mismo deseo, de un mismo anhelo? Es la tentativa de hallar el eslabón perdido de sus personalidades, aquel que los atara a un mundo de realidades familiares y determinadas, a partir de las cuales pudieran volver al mundo de los hombres que habían permanecido en el tiempo normal. Es también la tentativa de reivindicar la derrota entre deseo y poder, es decir, hallar la referencia de lo absoluto no en lo cósmico ni el plano remoto de las esencias, pero sí en lo absolutamente real: en sus respectivos pueblos, a quienes transmitieran ese anhelo convertido en fuerza expansiva y contagiosa. (No comprendieron ambos que la letra sola es un valor muerto y que el espíritu representa un poder persuasivo de tremenda importancia). Porque la belleza, como reflexión Dimitri Karamazov, es algo espantable y tremendo. "Penoso es eso de que la belleza no solo sea terrible —se dice—, sino también algo misterioso. Ahí el diablo lucha con Dios, y el campo de batalla es el corazón del hombre". Imposible saber si su origen es divino o diabólico, y, por querer saberlo, ambos novelistas pagaron con la vida (...).

No torturaba a Nicolás Gogol y a Thomas Wolfe el mismo afán desesperado de expresar y concebir y abarazarlo todo? No sentían ambos la misma tortura de que este afán no les deparaba sino un grande e irreparable desaliento? ¿Qué significa esa "hambre tan liberal, cruel y física, que deseó devorar la tierra y todas las cosas y las personas dentro de ella", a la que hace mención el autor de "Del Tiempo y del Río"? Es esa hambre de belleza y de vida, ese anhelo de perpetuidad en la mistificación de lo real, gastado en una cíclopea y estéril lucha, de la que solo lograban ellos construir una visión grandiosa y desmesurada de tantos instantes y palabras y actos y pensamientos yaidos, ya perdidos irremediablemente en el vuelo insensible del tiempo, lo que a ambos consumía? ¿Qué sensación experimentaban al comprobar que después de lanzar las redes quedaba entre las mallas solo un góbulo pequeño y desnutrido? (Una apariencia de las cosas, en fin, metáfora y escurridiza? ¿No es el mismo Thomas Wolfe, su gríto, el que grazna por boca de Eugenio Gant: "Un momento de paz para todos nosotros antes de morir."

Wolfe y Fitzgerald

REPRODUCIMOS parcialmente una carta que envió Scott Fitzgerald a Thomas Wolfe y la respuesta que éste le enviara. En éstas se muestran las diferencias existentes entre ambos escritores y quedan reveladas algunas de las apreciaciones de Wolfe a propósito de su escritura.

Querido Tom:

Pienso, que yo podría hacer un buen ejemplo para tu necesidad de cultivar un alter ego, de ti un artista más consciente. No se le ha ocurrido que cualidades tales como la afabilidad o el dolor, exuberancia o cinismo pueden volverse una peste en otros? Muchas veces gente que vive a un alto grado de intensidad no encuentra con frecuencia su camino emocionalmente en un momento importante, porque este no se sostiene firme en el alivio.

Ahora, entre más definidas están las tendencias interiores del hombre fuerte, más seguro estará de que se muestren, y mayor será la necesidad de purificarlas, escusadamente. La novela de "incidentes seleccionados", tiene esto, hay que decirlo; que el gran escritor como Flaubert deja conscientemente fuera material que un fulano cualquiera (en su caso Zola) metería en ellas (...). Entonces Madame Bovary se vuelve eterna, mientras que Zola oscila contra la edad (...).

F. Scott Fitzgerald

Querido Scott:

¡La inesperada locuacidad de tu carta me llamó mucho la atención. Me sorprendió saber de ti pero no sé si pueda decir que estaba verdaderamente encantado. Tu bouquet llegó oliendo dulcemente a rosas, pero ocultando astutamente algunas tejuelas de buen tamaño. No es que me hayan resentido. Mi resentimiento se volvió bastante duro años atrás: como todos los demás, en oportunidades he sido acusado de "crítico resentido" y sin embargo, nunca he sido uno de esos muchachos que rompen a reír con una robusta y encantada carca-

jada cuando alguien les dice que todo lo que escriben es pijofo, dándoles la razón entusiásticamente (...).

Entonces no estoy dolido contigo, o dolido con cualquier cosa que hayas dicho. Y si hay algo de verdad en lo que dices —cualquier verdad para mí— puedes estar seguro de que yo probablemente lo manifestaré. Sólo que me parece a mí, que no hay mucho de verdad en lo que dices. Hablas de "tu caso" opuesto al mío, y francamente no creo que tengas mucho caso. Dices que escribas estas cosas porque me admiras demasiado y porque piensas que mi talento es incomparable en este y en cualquier otro país y porque tú eres siempre mi amigo (...).

"He leído tu carta varias veces y debo admitir que no parece tener mucho significado... Podrías estar equivocado, pero todo lo que puedo sacar de esto es que tú piensas que seré un buen escritor si yo fuera un escritor totalmente distinto del escritor que soy. Esto podría ser cierto, pero yo no veo qué hacer al respecto, y no pienso que tú puedas mostrármelo. Y no veo qué tengan que ver con eso Flaubert y Zola o lo que tengo que ver yo con ellos. Yo me pregunto si tú realmente piensas que ellos tengan algo que ver con eso, o si es sólo algo que escuchaste en la universidad o leíste en un libro en alguna parte. Este tipo de crítica de "uno u otro" me parece a mí tan carente de significado. Se ve tan concededora y solemne, pero no hay nada en ella. ¡Por qué se sigue, que si un hombre escribe un libro que no es como "Madame Bovary" es inevitablemente como Zola? Puede parecer estúpido pero yo no puedo entenderlo. Tú dices que Madame Bovary se vuelve eterna, mientras que Zola oscila con la edad. Bueno, esto puede ser cierto —pero si es verdad, ¡no sería cierto, pues "Madame Bovary" puede ser un gran libro y los libros escritos, probablemente no lo sean? (No sería acaso también cierto decir que "El Quijote", o "Pickwick" o "Tristram Shandy" "se vuelven eternos", mientras que Mr. Galsworthy "oscila con la edad"? Yo pienso que es verdad decir esto y no deja mucho de tu argumento, o

no. Tu argumento está basado simplemente en una línea, en un método en vez de otro. Y te has dado alguna vez cuenta con cuánta frecuencia resulta que lo que un hombre está realmente haciendo es simplemente racionalizar su propia manera de hacer algo, la forma en que tiene que hacerlo, la manera que le proporciona su naturaleza, en la única inevitable y recta manera de hacer todo (...). Ahora tienes tu manera de hacer algo y yo tengo la mía, hay muchas maneras, pero estás honestamente equivocado al pensar de que hay una sola manera.

Supongo que podría estar de acuerdo contigo en lo que dices acerca de la novela de incidentes seleccionados mientras este signifique algo. Digo mientras este signifique algo porque cada novela, por supuesto, es una novela de incidentes seleccionados. No podrías escribir acerca del interior de una cabina telefónica sin seleccionar. Podrías llenar una novela de dos mil páginas con una descripción de una sola pieza y aún tus incidentes serán seleccionados. Te he mencionado a "Don Quixote" y "Pickwick" y "Los Hermanos Karamazov" y "Tristram Shandy", libros que se han vuelto "inmortales" y que hierren y derraman. Sólo recuerda que aunque "Madame Bovary", en tu opinión puede ser un gran libro, "Tristram Shandy" es indudablemente un gran libro y es grande por muchas razones distintas. Es grande porque "hierve" y "derrama" —por la no seleccionada calidad de su selección—. Dices que el gran escritor, Flaubert por ejemplo, es el que saca y deja fuera de sus obras lo que un Fulano cualquiera metería en ellas. Bueno, sí, tal vez, pero no olvides, Scott, que un gran escritor no es sólo uno que saca, sino también uno que incluye y que Shakespeare y Cervantes y Dostoievski eran grandes incluidores, después de todo, que sacadores, y que se les recordará por lo que incluyeron, se les recordará me atrevo a afirmar, tanto tiempo como pueden recordarse a Flaubert por lo que sacó (...).

Fuente: "Thomas Wolfe a Biography" de Elizabeth Novel, Doubleday N.Y. 1960. Traducción: Marcello Somarriva. Q.



Wolfe juega con una ardilla en Oregon. Junio de 1938.



Thomas Wolfe en una entrevista para la prensa, en Denver, mayo de 1938.

Un momento de paz, paz, paz"? ¿Y qué significa la respuesta inexorable: "No hay paz para el hastiado. Es como ese río que corre eternamente"? Significa estar de regreso en la realidad de la existencia —despótica realidad—, con la presión de tener que aceptar la vida, ese "milagro extraño y amargo de la vida" constituido por millones de instantes destinados a desaparecer. Thomas Wolfe pagó con la vida sus atrevidas incursiones, empero supo ofrendar bellamente sus padecimientos, y vivió sin defenderse, en el riesgo continuo, dándose, entregándose. Revoltando. Y cuando todo ya se había ido de su lado, se retuerce aún en un postre grito antes del silencio, no calla, busca aún y porfia hasta el último aliento en la búsqueda obstinada y rebelde, hasta perder, como dice, la tierra conocida por un conocimiento más alto, perder la vida que se tiene por una vida más alta, dejar a los amigos amados por un amor más alto, encontrar una tierra más acogedora que la patria, una patria más vasta que la tierra...

He aquí la angustia sin tregua, tejendo su telaraña, envolviendo, aturdiendo, embruteciendo; dejando a su paso ruina y desvarío, dislocamiento, algo en el aire que parece "inmenso, susurrante y potente", fuga frenética ante la realidad sordida, esa realidad-fosa, realidad-mortaja que constriñe el anhelo y que lleva locamente hacia lo incommensurable, comprometiendo a todas las fuerzas de la voluntad en el terco y apasionado delirio que enloquece al hombre, que lo lleva lejos y más lejos..., hasta que no se vea nada. Hay algún artista que no haya sentido la presencia invasora de lo sin nom-

bre? ¿Que no haya experimentado las fuerzas tumultuosas de un torrente aprisionado, del diálogo de los muertos, de las almas en pena, del ruido de cadenas y de pasos como de luciérnagas al amanecer?

¿QUE pienso ahora del que fuera el héroe literario de mi juventud? Lo mismo. Para mí sigue siendo el gran rapsoda, el aedo del siglo XX. La suya fue una vida breve, fulgurante, mitológica. El ejercicio la literatura como una pasión y no como un mero oficio, como una forma de conocimiento y no como una "carrera". El encarna, mejor aún que Hemingway, el ideal romántico Byronic. Como artista fue la antítesis misma de la idea arquetípica que se tiene de un gran escritor: un recluso, encadenado al escritorio (*verbi gratia*: Flaubert). Wolfe vivió y escribió en el movimiento constante: es la gran incitación al viaje, a la aventura, como ocurre con Lawrence Sterne, Nicolás Gogol, y como ellos pasó por la vida como un relámpago.

Sigo admirando la tremenda riqueza musical de su prosa y a mi, como melomano esto es de suprema relevancia. Es curiosa la reverberación que conoció Thomas Wolfe, por ahí por los años 50 con la generación Beat. Es sabido, que Allen Ginsberg lo detestaba, pero no así Gregory Corso. Y para qué hablar de Jack Kerouac, que le siguió los pasos en eso del escritor en movimiento constante.

Thomas Wolfe y Claudio Giaconi, Hoy

La suya es una obra que abarca el espacio total, es decir de la vida total, nada más contrario del escritor de gabinete u ombliguiista. Extremando la idea podría decirse también, que Thomas Wolfe es un anti Rimbaud. ¿Como así? Nada más ajeno para el autor de "Del Tiempo y del Río", que el concepto rimbaudiano de que la vida está en otra parte. Pamplinas habría pensado Wolfe. Melancolías propias de un adolescente "fin de siècle" que se aburre en el "gay Paris"; puesto que para Wolfe la vida no está en ninguna otra parte sino que irredutiblemente en el lugar en que él se encuentra, precisamente en ese momento registrando el enorme diapasón de la vida en su totalidad, registrando todo aunque no sea más que la fugacidad trémula del instante.

Recién se comienza a estudiar su obra, siendo este otro matiz de su perenne y avasalladora atracción. Nunca estuvo de moda, el lector se sintió más atraído por sus contemporáneos Faulkner, Steinbeck, Hemingway; premios Nobel los tres. Wolfe jamás pensó en premio alguno, ni en los "honores" que se reservan a los escritores que alcanzan la gloria literaria. Sin embargo, fue el mismo

Faulkner quien hidalgamente zanjó la cuestión al reconocer que Wolfe "era el primero porque todos hemos fracasado, pero Wolfe ha sido el mejor en el fracaso porque trató extremadamente de decir lo máximo".

Fue el novelista que vuelve la espalda a todos los cánones hasta entonces vigentes del convencionalismo de novelar, engarzándose en esa pleyade un tanto más huidiza de lo que se ha dado en llamar "la novela río", el *Bildungsroman* o la novela de años de aprendizaje; pocos advierten que por ejemplo la tan cacareada "novela total" que enarbó el boom latinoamericano en los sesenta tiene su origen en las novelas aparentemente hipertrófadas de Thomas Wolfe. Yo lo veo, a estas alturas, como un recreador de la epopeya antigua en este siglo tumultuoso de máquinas y guerras y es por eso que no envejece por la frescura siempre latente de su intensidad lírica y dramática, en otras palabras, no me cabe la menor duda de que si Homero hubiese nacido en Estados Unidos, Asheville, North Carolina el 3 de Octubre de 1900, habría sido Thomas Wolfe.

Claudio Giaconi

cer de los ajusticiados, los engañados, los ignorados, los fusilados, los traicionados; de la furia y estrépito de las cloacas? ¿No son estas prisiones, estas fuentes exasperadas de energía, las que abastecen al mundo y las que hacen de nuestro movimiento unos pasos ciegos? ¿Y el anhelo de residir en la esencia de todas las cosas, en las hierbas, en los riscos, en las flores o en el aire; en el mundo animal, vegetal y mineral; de captar la voz balbuciente y multitudinaria de la ciudad, de aprisionar en un solo haz inmenso a millones de seres en un abrazo, a los millones anónimos desvaídos en el vértigo estéril; de vivir reflejamente en los millones de seres oscuros del otro lado del mundo, en objetos y en cosas, de prestarles la voz; de oír la voz de todos los hombres (...)? ¿De romper los cercos de la in-

El propósito de Wolfe fue cubrir con su obra los Estados Unidos de América, tanto como pudiera hacerlo la experiencia de un solo hombre.

teligencia prejuiciosa y de extenderse como un manto generoso y bienhechor sobre el océano, sobre la llanura y los montes, sobre la meseta y la sierra; sobre los pueblos, sobre la anónima infinitud de seres silenciosos y sin voz —la cara prohibida del otro lado del mundo—, y sentir sus desdichas e identificarse con sus pasiones, amores y odios, y de hacer de todo ello Nosotros? ¿Qué hace el hombre con su sueño mío, que no sea un correr a ciegas a su propia frustración, al reconocimiento implacable de su miseria e impotencia? ¿Quiénes ponen la mordaza y quiénes la quitan? ¿Qué es la belleza sino eso, lo fugitivo que ha burlado por breves instantes su ley inmutable?

La humanidad ha sido hecha para la eternidad, se dicen los poetas, los ciclopes... Pero el hombre viviente es flor de un día. Nuevos azotes, nuevas plagas llegarán después de su tránsito por la tierra, pero es de los males actuales de los que él se preocupa. Si, el hombre ha nacido para vivir, sufrir y morir... Si, poetas, Gogol, Wolfe, la suerte que le ha tocado al hombre en tránsito es trágica, y es imposible negarlo; pero es preciso negarlo hasta el fin. "No" es una bella esperanza; "no" es la esperanza de una vida más digna; "no" es "Nosotros".

Confíad en el reto de los ciclopes. ¿Hasta que punto Wolfe encontró la inasible "substancia sólida", la nueva forma del absoluto, representándose en una nación entera? Su obra es reflejo de anhelos, que se expanden como un polvo aureo, afreada proyección de la mente y del corazón. ¿Hasta qué punto Wolfe experimentó, por fin, la compensación al desasosiego? (...)

Nuevos mitos. A esto se reduce lo que el escritor de hoy debe dar. Nuevos pulmones, nuevos aires para que el planeta —todavía, y por mucho tiempo habitable— pueda seguir respirando.

Versión extractada por Marcela Somarriva.